LECTIO DIVINA
para la vida diaria

13

El leccionario de las exequias

verbo divino

Índice

Presentación:
La memoria de la Pascua en las exequias cristianas .. 5

1. Más allá de los recuerdos, la memoria de la Pascua 5
2. La memoria de la Pascua revela la condición del cuerpo 7
3. Las exequias cristianas proclaman la fe en la resurrección de los muertos 9
4. La memoria de la Pascua nos introduce en el encuentro con Cristo 10
5. La memoria de la Pascua es fuente de consuelo y de esperanza para los vivos ... 12
6. La memoria de la Pascua da vigor a la intercesión 14

Leccionario de exequias

1. Yo sé que está vivo mi Redentor (Job 19,1.23-27) 17
2. Los recibió como sacrificio de holocausto (Sab 3,1-9) 23
3. Edad avanzada, una vida sin tacha (Sab 4,7-15) 29
4. El Señor aniquilará la muerte para siempre (Is 25,6a.7-9) 35

5. El Señor nunca se olvidará de ti
(Is 49,14s) 41
6. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor
(Lam 3,17-26) 47
7. Los que duermen en el polvo despertarán
(Dn 12,1-3) 53
8. Obró con gran rectitud y nobleza, pensando en la resurrección
(2 Mac 12,43-46) 59
9. Justificados por su sangre, seremos por él salvados del castigo
(Rom 5,5-11) 65
10. Si creció el pecado, más desbordante fue la gracia
(Rom 5,17-21) 71
11. Andemos en una vida nueva
(Rom 6,3-9) 77
12. Aguardando la redención de nuestro cuerpo
(Rom 8,14-23) 85
13. ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?
(Rom 8,31-35.37-39) 91
14. En la vida y en la muerte somos del Señor
(Rom 14,7-12) 97
15. Por Cristo, todos volverán a la vida
(1 Cor 15,20-28) 103
16. La muerte ha sido absorbida en la victoria
(1 Cor 15,51-57) 109
17. Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno
(2 Cor 4,14–5,1) 117
18. Tenemos una casa eterna en los cielos
(2 Cor 5,1.6-10) 123

19. Transformará nuestro cuerpo
según el modelo de su cuerpo glorioso
(Flp 3,20s) 129

20. Estaremos siempre con el Señor
(1 Tes 4,13-18) 135

21. Si morimos con él, reinaremos con él
(2 Tim 2,8-13) 141

22. Salgamos en busca de la ciudad futura
(Heb 13,7-15) 147

23. Veremos a Dios tal cual es
(1 Jn 3,1-2) 153

24. Hemos pasado de la muerte a la vida,
porque amamos a los hermanos
(1 Jn 3,14-16) 159

25. Dios enjugará las lágrimas de sus ojos
(Ap 7,9-10.15-17) 165

26. Dichosos los muertos que mueren en el Señor
(Ap 14,13) 171

27. Ya no habrá muerte
(Ap 21,1-7) 177

28. Estad alegres y contentos, porque vuestra
recompensa será grande en el cielo
(Mt 5,1-12) 183

29. Venid a mí y yo os aliviaré
(Mt 11,25-30) 189

30. ¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!
(Mt 25,1-13) 195

31. Venid vosotros, benditos de mi Padre
(Mt 25,31-46) 203

32. Jesús, dando un fuerte grito, expiró
(Mc 15,33-39; 16,1-6) 211

33. Lo mismo vosotros, estad preparados
(Lc 12,35-40) 219

34. Hoy estarás conmigo en el paraíso
(Lc 23,33.39-43) 225

35. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu
(Lc 23,44-46.50-53; 24,1-6) 231

36. El que cree en el Hijo tiene vida eterna
y yo lo resucitaré en el último día
(Jn 6,37-40) 237

37. El que come este pan tiene vida eterna
y yo lo resucitaré el último día
(Jn 6,51-59 [gr. 51-58]) 243

38. Yo soy la resurrección y la vida
(Jn 11,17-27) 251

39. Si el grano de trigo muere, da mucho fruto
(Jn 12,23-28) 257

40. En la casa de mi Padre hay muchas estancias
(Jn 14,1-6) 263

41. Éste es mi deseo: que estén conmigo
donde yo estoy
(Jn 17,24-26) 269

42. Inclinando la cabeza, entregó el espíritu
(Jn 19,17-18.25-30) 275

Introducción

La memoria de la Pascua en las exequias cristianas

Antes de la reforma introducida por el Concilio Vaticano II, el *Misal romano* proponía estas lecturas para la celebración de las exequias cristianas: 1 Tes 4,13-18 y Jn 11,21-27 para el día del entierro; 2 Mac 12,43-46 y Jn 6,37-40 para el aniversario del fallecimiento, y Ap 14,13 y Jn 6,52-55 para la misa diaria de difuntos. Hoy, en cambio, contamos con cuarenta y cinco textos, tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento, para las exequias de un adulto. Esta riqueza –representada casi en su totalidad en este volumen de la *Lectio divina*– proyecta su luz sobre varios aspectos de las exequias cristianas: la figura del difunto con toda su historia, su cuerpo; los presentes, que traen consigo todo un cúmulo de pensamientos y sentimientos, a menudo confusos, a veces expresados, con mayor frecuencia no expresados o ahogados. La Palabra de Dios que se proclama en la liturgia en semejantes ocasiones se detiene en estos diferentes elementos iluminando, confortando y abriendo perspectivas nuevas precisamente allí donde sentimos la tentación de pronunciar la palabra «fin».

1. Más allá de los recuerdos, la memoria de la Pascua

Normalmente, en el saludo final nos abandonamos a los recuerdos, a los elogios fúnebres. Los funerales civiles en el mundo laico se centran precisamente en este

aspecto. También nuestras homilías lo practican con frecuencia: el pensamiento parece fijarse en el recuerdo del difunto; se trata del deseo de perpetuar su memoria en nuestros corazones, en nuestros pensamientos...

La Iglesia no calla, efectivamente, en sus oraciones sobre la «vida» particular del difunto; más aún, dice repetidamente ante el Señor de la vida: «Acuérdate, Señor». Ahora bien, al ponerse a la escucha de la Palabra de Dios, la Iglesia nos lleva *más allá de este recordar,* para hacer memoria de aquel que dice: «*Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre*» (Ap 1,18). Esta memoria del Viviente proyecta su luz sobre el misterio de la vida humana, que no se cierra, proyectándola más allá del presente, más allá de la muerte, sobre la vida para siempre.

Las lecturas bíblicas que aquí van a ser objeto de *lectio divina* sin interrupción apuntan, por consiguiente, hacia este «más allá» y encuentran su inspiración en la proclamación del misterio pascual. El *Ritual de exequias* [RE] se abre con esta afirmación: «La Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual» (n. 1). Muchas lecturas hacen referencia de una manera directa o indirecta a ello.

En consecuencia, mientras que en los funerales civiles las lecturas (por lo general rigurosamente no bíblicas) y los discursos se concentran en la memoria del difunto, en las exequias cristianas las lecturas nos conducen a superar esta visión estrecha, en ciertos aspectos «mortificante», para adentrarnos en los senderos inexplorados de *una vida que dura para siempre gracias a la intervención del Señor de la vida.* Lo central en las exequias celebradas en la iglesia es la memoria de la Pascua, no la del difunto. «Tanto exequial como común, se considera parte muy importante del rito la lectura de la Palabra de Dios. En efecto, ésta proclama el misterio pascual» (RE 11).

2. La memoria de la Pascua revela la condición del cuerpo

En la celebración de las exequias se presta una atención particular al cuerpo del difunto. Ahora bien, ¿qué es ese cuerpo frío e inerte, oculto a la visión en el ataúd y después en el sepulcro? ¿Cuál es su significado? La Pascua del Señor nos ayuda a abrir los ojos para ser capaces de vislumbrar la nueva realidad del cuerpo, que frecuentemente no sabemos cómo llamar.

– *El cuerpo del difunto, como el de Jesús, es depositado en el sepulcro:* «Había un hombre llamado José [...], pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido sepultado todavía» (Lc 23,50.52s). Es una semilla, como el cuerpo pascual de Cristo: «Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante» (Jn 12,24).

– *Su condición es la de ser todo «espera».* En la introducción del *Ritual* se dice que el cuerpo «deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos» (RE 1).

¿De qué espera se trata, pues? En primer lugar, de una espera de *redención:* «Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando por que Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo» (Rom 8,22s).

Es espera *de ser revestido de inmortalidad:* «Porque es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se vista de incorruptibilidad y este ser mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que dice la Escritura: *La muerte ha sido*

vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,53-55).

Es espera de *volvernos nuevos:* «Sabemos, en efecto, que aunque se desmorone esta tienda que nos sirve de morada terrenal, tenemos una casa hecha por Dios, una morada eterna en los cielos, que no ha sido construida por mano de hombres. Y por eso suspiramos, deseando ardientemente ser revestidos de esa nuestra morada celestial, supuesto que en ese momento estemos vestidos y no desnudos. Porque los que vivimos en esta tienda corporal suspiramos angustiados, pues no queremos quedar desnudos, sino ser revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Y el que nos ha preparado para ese destino es Dios, el mismo que nos ha dado en prenda el Espíritu. Así pues, en todo momento tenemos confianza. Sabemos que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos lejos del Señor, y caminamos a la luz de la fe y no de lo que vemos. Pero estamos llenos de confianza y preferimos dejar el cuerpo para ir a habitar junto al Señor» (2 Cor 5,1-8).

Es espera de que *nuestro cuerpo sea transfigurado como el de Cristo:* «Nosotros, en cambio, tenemos nuestra ciudadanía en los cielos, de donde esperamos como salvador a Jesucristo, el Señor. Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para someter todas las cosas» (Flp 3,20s). La Iglesia dice en el IV prefacio de difuntos: «Y también te damos gracias porque, al redimirnos con la muerte de tu Hijo, Jesucristo, por tu voluntad salvadora nos llevas a la nueva vida para que tengamos parte en su gloriosa resurrección».

– *Tiene un valor simbólico:* el cuerpo *indica,* con su descomposición o destrucción, *la destrucción del pecado.* «Sabed que nuestra antigua condición pecadora quedó clavada en la cruz con Cristo, para que, una vez destruido este cuerpo marcado por el pecado, no sirvamos

ya más al pecado; porque cuando uno muere, queda libre del pecado» (Rom 6,6-9).

– *Es objeto de honor.* «Dejada de lado toda vana ostentación, es conveniente honrar los cuerpos de los fieles difuntos, que han sido templos del Espíritu Santo» (RE 3). El cuerpo ha sido el lugar donde el difunto se hizo acontecimiento histórico: «Sea como sea, en este cuerpo o fuera de él, nos esforzamos en serle gratos, ya que todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el premio o castigo que le corresponda por lo que hizo durante su existencia corporal» (2 Cor 5,9s).

3. Las exequias cristianas proclaman la fe en la resurrección de los muertos

El profeta Daniel había anunciado ya que la multitud de «los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán» (Dn 12,1-3). Los relatos de la Pascua del Señor (Mc 15,33-39; 16,1-6; Lc 23,44-46.50-53; 24,1-6) y los testimonios paulinos (Rom 6,3-9; 2 Tim 2,8-13) *fundamentan la fe en la resurrección* que se proclama en las exequias. En efecto, «el que ha resucitado a Jesús, el Señor, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos dará un puesto junto a él en compañía de vosotros» (2 Cor 4,14); «Sabemos, en efecto, que aunque se desmorone esta tienda que nos sirve de morada terrenal, tenemos una casa hecha por Dios, una morada eterna en los cielos, que no ha sido construida por mano de hombres» (5,1). La Pascua de Cristo es la causa de la victoria sobre la muerte y de nuestra resurrección, como se dice en el V prefacio de difuntos: «Porque si el morir se debe al hombre, el ser llamados a la vida con Cristo es obra gratuita de tu amor, ya que, habiendo muerto por el pecado, hemos sido redimidos por la victoria de tu Hijo».

El ser y el vivir como hijos nos hace partícipes de la resurrección: «Y si somos hijos –argumenta Pablo–, tam-

bién somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, toda vez que, si ahora padecemos con él, seremos también glorificados con él» (Rom 8,17). La resurrección será una *transfiguración:* el Señor Jesús, dice el apóstol constantemente en sus cartas, «transfigurará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo» (Flp 3,20s). Por eso reza la Iglesia con estas palabras en el I prefacio de difuntos: «Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, sino se transforma, y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

4. La memoria de la Pascua nos introduce en el encuentro con Cristo

El encuentro con Jesús

«Nos ha dejado», se repite con frecuencia en los funerales. La Palabra de Dios, sin embargo, nos invita a cambiar de perspectiva, a hablar de *encuentro:* el encuentro con Cristo. El Señor nos saldrá al encuentro porque él es fiel: «Si con él morimos, viviremos con él; [...] si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim 2,11-13). El Señor Jesús nos sale al encuentro *en su gloria* (Mt 25,31-46), *en un momento imprevisible:* «Estad preparados, porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre» (Lc 12,35-40) para dar comienzo a la fiesta de las bodas: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro» (Mt 25,6). «Los que murieron unidos a Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún quedamos vivos, seremos arrebatados junto con ellos entre nubes y saldremos por los aires al encuentro del Señor. De este modo estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4,16s).

Ese encuentro no será como el que se produce entre extraños. Job expresa así su fe en el Antiguo Testamen-

to: «Y después que mi piel se haya consumido, con mi propia carne veré a Dios. Yo mismo lo veré, lo contemplarán mis ojos, no los de un extraño» (Job 19,26s).

El encuentro con Jesús juez

El encuentro es con Jesús «resucitado, constituido por Dios *juez de los vivos y de los muertos*» (Hch 10,42). «Todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el premio o castigo que le corresponda por lo que hizo durante su existencia corporal» (2 Cor 5,10). Al encuentro con él, justo juez, nuestro «abogado» (2 Tim 4,8; 1 Jn 2,1), nos presentamos *con nuestras obras:* «Dichosos desde ahora los muertos que mueren en el Señor. De seguro, dice el Espíritu, podrán descansar de sus trabajos, porque van acompañados de sus obras» (Ap 14,13). «Los muertos fueron juzgados según sus obras» (Ap 20,12). «Así pues, cada uno de nosotros rendirá cuentas a Dios de sí mismo» (Rom 14,12). Estamos seguros de que «nuestra recompensa será grande en los cielos» (cf. Mt 5,1-12).

Más aún, el juicio ya fue pronunciado por el Hijo de Dios en la cruz: «Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo» (Rom 5,9). «Si el pecado trajo el reinado de la muerte, también la gracia reinará y nos alcanzará, por medio de nuestro Señor Jesucristo, la salvación que lleva a la vida eterna» (5,21). No hemos de tener miedo: «Las almas de los justos están en las manos de Dios» (Sab 3,1).

La unión con Jesús

No se tratará simplemente de un encuentro, sino de una *unión.* Jesús la prometió a los suyos: «Volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo» (Jn 14,3).

Esta unión fue objeto de su oración al Padre: «Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo» (17,24).

El encuentro empieza abandonándonos como Jesús en manos del Padre: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46), para estar después con Jesús, el Hijo predilecto: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (23,43). «Venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,34), porque «allí donde estoy yo, también estará mi siervo» (Jn 12,26), puesto que «el que ha resucitado a Jesús, el Señor, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos dará un puesto junto a él en compañía de vosotros» (2 Cor 4,14). Pablo expresa esta fe cuando escribe: «Nosotros creemos que Jesús ha muerto y ha resucitado, y que, por tanto, Dios llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús» (1 Tes 4,14).

La unión que se establece, fruto del amor y de la fidelidad de Dios, es intocable: nada puede separar al creyente de este amor, «y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 8,38s). «Así pues, tanto si vivimos como si morimos, somos del Señor» (14,8). «Si con él morimos, viviremos con él» (2 Tim 2,11).

5. La memoria de la Pascua es fuente de consuelo y de esperanza para los vivos

La acogida del misterio de la resurrección de Jesús es fuente de consuelo: «Los que murieron unidos a Cristo resucitarán [...] Consolaos, pues, unos a otros con estas palabra» (1 Tes 4,16-18). La Palabra de Dios «proclama el misterio pascual, afianza la esperanza de un nuevo encuentro en el Reino de Dios» (RE 11). «Por tanto, la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de

la Pascua de Cristo, y reza y celebra sufragios por ellos, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, éstos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, para los demás, el consuelo de la esperanza» (RE 1).

La persona de Jesús es el *fundamento del consuelo y de la esperanza cristiana:* «Cristo Jesús, nuestra esperanza» (1 Tim 1,1). «En él brilla la esperanza», decimos en el II prefacio de difuntos, «de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad». Y en el III prefacio se dice: «Porque él es la salvación del mundo, la vida de los hombres, la resurrección de los muertos».

El Espíritu Santo también es fundamento: «Yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16). En consecuencia, el Espíritu es la garantía de nuestra resurrección, como afirma Pablo: «Y si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros» (Rom 8,11).

Dios consuela porque sabe enjugar las lágrimas de nuestro rostro y puede eliminar definitivamente la muerte: «Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido» (Ap 21,4).

Dios acoge nuestro dolor, nuestra tristeza a causa de la muerte. Está junto a nosotros como lo estaba junto a los discípulos de Emaús que «se detuvieron entristecidos» (Lc 24,17); con su palabra vuelve a encender el corazón, hace brillar el rostro y reemprender el camino. Acoge el dolor de Marta, que le reprocha de manera sumisa: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano», y le anuncia: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y

todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre» (Jn 11,17-27).

Es éste un buen lugar para recordar una lectura poco conocida, pero llena de significado:

«Me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha; me digo: "Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor". Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena; no hago más que pensar en ello, y estoy abatido. Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad! El Señor es mi lote, me digo, y espero en él. El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan; es bueno esperar en silencio la salvación del Señor» (Lam 3,17-26). Verdaderamente, en ciertas situaciones «es bueno esperar en silencio la salvación del Señor».

6. La memoria de la Pascua da vigor a la intercesión

La fuerza de la intercesión por el difunto reside en la Pascua de Cristo. Por eso celebra la Iglesia las exequias en el seno de la eucaristía. El leccionario recoge, como testimonio de la necesidad de la intercesión y de la ofrenda del sacrificio por los que han muerto, el fragmento de 2 Mac 12,43-46. A él hemos de asociar todos los fragmentos que hablan de la mediación de Cristo: «por medio de él» (Rom 5,5-11). El prefacio II de difuntos lo expresa bien cuando dice: «Porque él aceptó la muerte, uno por todos, para librarnos del morir eterno; es más, quiso entregar su vida para que todos tuviéramos vida eterna».

Gianfranco Venturi

1
Yo sé que está vivo mi Redentor (Job 19,1.23-27)

[1] Respondió Job a sus amigos:
[23] «¡Ojalá se escribieran mis palabras,
[24] ojalá se grabaran en cobre;
con cincel de hierro y en plomo
se escribieran para siempre en la roca!
[25] Yo sé que está vivo mi Redentor
y que al final se alzará sobre el polvo:
[26] después de que me arranquen la piel,
ya sin carne, veré a Dios;
[27] yo mismo lo veré, y no otro;
mis propios ojos lo verán».

LECTIO

A Job le gustaría grabar con letras claras su causa en una lápida, porque todavía espera una solución positiva de su caso. Está convencido, efectivamente, de que su *go'el,* su «redentor», está vivo (v. 25): el vocablo no parece referirse aquí al vengador de la sangre (cf. Éx 21,13s), sino a la práctica judicial del rescate, donde estaba previsto que el pariente más próximo pagara el precio del rescate de los bienes o de la persona pariente que hubiera caído en la miseria o en la esclavitud (cf. Lv 25; Rut 4). En esta acepción, el título ha sido atribuido a JHWH, que actúa a favor de los huérfanos y defiende su causa (Prov 23,11), rescata la vida de los afligidos y toma

su defensa (Lam 3,58); por último, JHWH actúa como *go'el* cuando libera a su pueblo de la esclavitud o de la calamidad (Éx 6,6: Is 43,1.14). Con todo, no está claro a quién pretende referirse Job en su discurso.

La tradición cristiana (cf. la *Vulgata*) ha visto en los vv. 25-27 la atestación de la resurrección de los muertos, aunque el sentido del texto hebreo es en parte oscuro. Los vv. 25b-26 orientan hacia la teofanía de los capítulos 38–42: aunque Job sea sólo polvo (v. 25b), es decir, mortal (cf. 4,19), y aunque tenga su carne lacerada, está, sin embargo, vivo y ve en ello el signo de que Dios le renovará la vida. Al afirmar Job que verá a Dios: «*Yo mismo lo veré, y no otro*» (v. 27), expresa su confianza en que Dios ocupará el puesto dejado ahora desierto por sus familiares y amigos, y anulará la hostilidad que en este momento le oprime; esto se cumplirá en el acontecimiento determinante de la teofanía (cf. 42,5).

MEDITATIO

Frente a la percepción de la injusticia padecida se presenta a veces un sobresalto: a la larga no podemos soportar que ésta prevalezca; sería como declarar que el mal tiene la última palabra. Sin embargo, esa perspectiva haría insensata hasta la misma rebelión. En efecto, si ésta aparece es porque existe un instinto que nos impulsa a esperar una intervención resolutoria: en el interior de la rebelión se esconde un germen de esperanza. Así, podemos comprender el rechazo de la muerte como un signo de que ésta no debería existir y, por consiguiente, frente a ella *debe* levantarse alguien que haga justicia, para liberarnos del desenlace nefasto de la vida. Se perfila así la idea de que la muerte no tiene la última palabra sobre la vida. Y eso porque el «*go'el está vivo*». La lectura litúrgica del texto, que traduce «Redentor» según la versión de san Jerónimo, prescinde del sentido

literal, que parece aludir a un mediador que presenta la causa de Job a Dios y le hace posible, por tanto, estar frente a él. Abre más bien a la identificación del *go'el* con el mismo Dios, que se presenta como principio de una esperanza que no es frágil. A este respecto, las expresiones iniciales del texto, con las que Job manifiesta el deseo de que sus palabras queden grabadas en la roca, dejan entender su profunda convicción de que ni siquiera la muerte las puede borrar: Dios, el viviente, está en condiciones de mostrarse también a quien se encuentra en el polvo. Por eso se presenta frente a la muerte con la certeza de que podrá ver a Dios, y en un tipo de relación casi de connaturalidad: *de ser vivo a ser vivo,* aunque haya dejado la carne, que aquí –en la traducción litúrgica– se presenta como incapaz de superar la mortalidad nativa de los humanos.

Frente a la tendencia a considerar la muerte como el final de la existencia, basándose en la constatación de que la carne se descompone, el creyente proclama que el sostén de su vida sigue siendo perennemente Aquel que le dio su comienzo y, por consiguiente, no permite que ésta se quede en el polvo.

ORATIO

Dios de la vida, frente a la experiencia de la fragilidad, que llega a su cima en la muerte, nos sentimos como traicionados. Sin embargo, nuestro deseo de vivir no nos permite resignarnos a un destino inicuo. Se trata de un deseo que has puesto en nuestro corazón y que tu Palabra excita en nosotros precisamente cuanto tenemos la sensación de que es una pura ilusión, como a veces oímos repetir a los que consideran que es preciso enfrentarse a la dura realidad. Nos dirigimos a ti para pedirte que sostengas nuestra convicción, esa que está en sintonía con nuestro origen en ti. Si tú no fueras el

Viviente y no te levantaras frente a la muerte como vencedor y defensor nuestro, estaríamos perdidos para siempre y nuestra existencia sería una frustración radical. Sin embargo, tú eres el principio de todo, el que ha sacado todo de la nada. Tú eres nuestra esperanza. De ti queremos hablar con seguridad a quien está dominado por la duda, porque no ve a su alrededor otra cosa que decadencia. Danos tú las palabras adecuadas.

CONTEMPLATIO

«*Tú eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo*» (Sal 117, 28). Tú eres mi luz; te daré gloria, porque me has escuchado, mientras decía entre lágrimas: «¿Cuándo me consolarás?». Me has escuchado, porque «*fuiste mi salvación*» (Sal 117,21), oh Jesús. Ciertamente, te hiciste universalmente el Salvador para todos, pero te has convertido en salvador en particular para mí, impregnando completamente con tu unción el pecho enfermo, renovando el calor vital, restaurando mi alma e iluminando mis ojos. Desfallecía, en efecto, mi alma esperando tu salvación, oh Dios, Padre de mi Señor Jesucristo; «*mis ojos se consumen ansiando tus promesas, mientras digo: "¿Cuándo me consolarás?". Estoy como un odre puesto al humo*» (Sal 118,82s), frío en el cuerpo, árido en el corazón, extenuado en el espíritu y completamente lánguido por el deseo. Ahora bien, como he puesto toda mi esperanza en la palabra de tu promesa, ahora veo aquello en lo que había esperado, tengo lo que había deseado, abrazo lo que codiciaba. Veo a Dios, mi Salvador, en mi carne, «*y se ha salvado mi alma*» (Job 19,26). «*Mis ojos han visto la salvación*» (Lc 2,30) de Dios y se han iluminado mis ojos interiores, que languidecían a la sombra de la muerte (Guerrico de Igny, *Sermoni,* Magnano [Bi] 2001, 229s).

ACTIO

Que en nuestros labios y en nuestro corazón se encuentre hoy esta palabra:

«*Escúchame, Señor, que en ti he puesto mi esperanza*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

También yo necesito, como Job, que Dios me ponga en mi sitio, y para ello está bien que coloque de nuevo a Dios en el suyo, en su gloria, en su terrible majestad, *«vestido de luz»*. No soy más que un pobre hombre, *«de vida breve»,* que busca a Dios; a veces me hace bien pensar, antes de orar, en tres estrellas: Capella, grande como mil soles; Aldebarán, como 50.000 soles, Antares, por último, 25 millones de veces el sol... Como Job, escucho a Dios que me habla en la tempestad: *«Si eres valiente, prepárate. Yo te preguntaré y tú me responderás. ¿Dónde estabas tú cuando afiancé la tierra?»*.

Me gusta llamar a Dios «mi gran Dios». No debo sentirme aterrorizado –*«Dios está conmigo, a quién temeré»*–, pero deseo no reducir a Dios a mi pequeña medida. Pues bien, la deriva de las galaxias, su multitud, las leyes de su expansión, me elevan hacia el infinito de Dios... No, señor Freud, no me refugio, espantado por este torbellino de átomos nacientes, en un Dios tranquilizador: me acerco a Aquel que es, al que nada puede ayudar, al que nada se le puede quitar.

El primer versículo del Génesis me ha enseñado que Dios no es extraño al universo, que este mundo ha sido querido por él y, según las palabras de Pascal, yo soy como «un heredero que encuentra los títulos correspondientes a su casa». Porque el Dios al que me conduce la Biblia me guía, desde el primer versículo, hacia alguien, Jesucristo, a propósito del cual me recuerda el mismo Pascal que «no solamente no conocemos a Dios más que a través de Jesucristo, sino que sin Jesucristo no nos conocemos a nosotros mismos. Sólo en Jesucristo conocemos la vida, la muerte. Fuera de Jesucristo no sabemos lo que es nuestra vida ni nuestra muerte, ni lo que es Dios, ni lo que somos nosotros mismos».

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», afirmó Cristo. ¡Qué audacia! Pero él es la palabra definitiva (J. Loew, *La felicità di essere uomo,* Milán 1988, 293s).